

Jesucristo, el mejor de los hijos, paga á Maria, la mejor de las madres, este deífico tributo en el instante primero de su immaculada concepcion; y Omnipotente, misericordioso y Santo, consustancial á su Padre, igual y una misma cosa con su Padre, aposenta á Maria en su trono, que es el trono de su sabiduria; derrama sobre Ella su omnipotencia, su misericordia, su santidad, todo cuanto le pertenece como á Dios, y sanciona este milagro de la gracia con el sello de la gracia original. Vos sois mi Madre, Yo soy vuestro Hijo; Yo, que soy la Sabiduria por esencia y por excelencia, sé muy bien cuánto merece una Madre como Vos; os quiero, no solamente Madre-Virgen, sinó Madre Inmaculada; porque no puedo ni debo consentir se llame Hija miserable de la culpa la que ha de ser Madre de la gracia misma, Jesucristo.

Jacob siente inflamarse su pecho con la llama del amor: este amor, que aún no conoce al objeto amado, le conduce como insensiblemente hasta las moradas de Laban; en la mitad del camino, una doncella adornada con lo más gallardo que tiene una mujer, sorprende su corazon. Jacob saluda á Raquel, imprime en su frente el ósculo del cariño, y llora de júbilo, y siente no poder ofrecerla, en cambio de su mano, los infinitos tesoros del universo. Siempre el amor hace esclavos; Jacob sacrifica siete años su libertad con la esperanza de desposarse con Raquel, y aún le parece poco, y aún apetecia mayor esclavitud, porque mayor, incomparablemente mayor, era el amor que la tenia. El Espíritu Santo, todo amor, augusta procedencia del Padre y del Hijo, como que es el amor que mútua é infinitamente se tienen entre sí, sorprende en el camino de su concepcion á aquella Raquel divina cuya galanura eclipsa á los querubines, y cuyo amor deja muy inferiores á los serafines. «Abreme, la dice, tu corazon, immaculada amiga mia;» y el alma de Maria se abrió á los halagos divinos del Espíritu consolador, como se abre tranquilo el cáliz de una amapola al saludarla fugitivas las auras de la mañana: «toda eres hermosa, y yo no encuentro en Ti lunar que empañe tu belleza.» ¿Ni cómo habia de tenerle aquella criatura á quien el mismo Espíritu Santo sombrearia con sus alas en el instante de la Encarnacion del Verbo? Maria tomó asiento á la sombra del deseado de su corazon. El Espíritu Santo la proclamó Reina del Amor Hermoso y de la Esperanza Santa; y la concepcion de Maria fué el fruto eternamente bendito del amor del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. El Padre la confirió su omnipotencia como á su Hija, el Hijo la infundió su sabiduria como á su Madre, el Espíritu Santo la comunicó su amor como á su Esposa. Y las tres Personas de la

Beatísima Trinidad designaron, concurrieron y verificaron en sus consejos eternos la concepcion immaculada de Maria. ¡Con cuánta razon, señores, admiré yo esta misma concepcion, terminantemente expresa en la salutacion del Arcángel San Gabriel: *Ave, gratia plena, Dominus tecum*: Salve, llena de gracia, el Señor es contigo!

Y, contenida y comprobada la concepcion sin mancha de la Virgen en estas primeras palabras, ¿dudaremos encontrarla explícitamente determinada en las últimas, *Benedicta tu in mulieribus*, bendita entre todas las mujeres? Cerremos las páginas del *Apocalipsis* con sus brillantes imágenes; descendamos del eterno solio donde el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo han revelado á los humildes lo que ocultaran á los soberbios, y escuchemos el testimonio de Maria Santísima: *Ego ex ore Altissimi prodivi, primogenita ante omnem creaturam*. Yo, Maria, salí de la boca del Altísimo, y de la boca del Altísimo no se desprende otra cosa que gracia, pureza y santidad: engendada ante todo lo nacido para ser Señora de lo creado y de lo increado, de lo que á mi concepcion tuviera ser y de que todavía no hubiera respirado las auras de la vida; para ser Reina de los espíritus celestiales, y los ángeles fueron criados en gracia; y no se comprende, porque no fué, que la Emperatriz de las potestades, de los tronos y de las dominaciones estuviera un sólo momento uncida al yugo vergonzoso del pecado.

El firmamento con sus maravillas, la naturaleza con sus fenómenos y el mar con sus secretos; las flores que embalsaman la primavera, los frutos que enriquecen el otoño y las espigas donde el estío tiene su dorado lecho; esa capa de nieve que sirve de manto al aterido invierno, las aves que con sus acordes trinos regocijan el corazon, el justo que alaba á Dios, el pecador que le ofende, todo, cristianos, salió completamente perfeccionado de la boca del Altísimo. ¿Y cómo no habia de salir de ella pura, immaculada y limpia la que es alegría del firmamento, sosten de la naturaleza y sonrisa de los mares; aroma de las flores, sentimiento de los frutos y vida de las estaciones; y armonía de las aves, y Reina de los justos, y Madre siempre cariñosa, siempre compasiva de los pecadores? Yo salí de la boca del Altísimo engendada ante toda criatura: ántes que yo, sólo Dios; todo lo demás despues de mí: la creacion un cúmulo inmenso de maravillas; yo sola la maravilla de todas las maravillas; yo mujer destinada á pelear y á quebrantar la cabeza de la antigua serpiente, exenta de pecado, concebida en gracia desde mi primer instante; Mujer que salió,

finalmente, de la boca del Altísimo para llamarse bendita entre todas las mujeres: *Benedicta tu in mulieribus.*

*Dominus possedit me in initio viarum suarum.* «El Señor me poseyó desde el principio de sus caminos.» ¿Ni cómo había de poseer Dios una cosa manchada, una cosa imperfecta, una cosa contaminada? Desde el principio de sus caminos: camino seguro, camino santo, camino eterno para acercarnos á Dios, es el Verbo, y el Verbo era en el principio, y allí estaba Maria, camino de humildad por donde Jesucristo bajase hasta nosotros, y camino de amor por donde nosotros subiésemos hasta Jesucristo. «Aún no existían los abismos, y yo ya estaba concebida;» todavía el pecado de Adán no había abierto los abismos de la divina justicia; todavía no había el hombre precipitado su felicidad en el cenagal de sus pasiones, y yo ya estaba concebida; pero concebida sin mancha para cambiar las pasiones en virtudes y convertir la justicia en misericordia. «Aún no habían brotado las fuentes de las aguas: todavía no gravitaba sobre sólida base la mole de los empinados montes: aún no existía el universo, ni el océano reconocía límite, ni la tierra murallas, *Et ego jam concepta eram.* «Y ya estaba yo concebida.» No habían brotado las aguas del Decálogo en las fuentes del monte Sinaí; no destilaba la gracia de los surtidores inagotables de los Sacramentos de Jesucristo; no se encumbraban aun hasta el cielo los Patriarcas y los Profetas y los Apóstoles, descansando sobre el cimiento inmóvil de una firmísima fe; aún no tocaban los cielos los confesores con sus lirios, los mártires con sus laureles, las vírgenes con sus azucenas, teñidas con la sangre de la penitencia, del martirio y de la persecucion; todavía el corazón humano no reconocía la esperanza en Dios como límite de sus desordenados deseos, ni los peregrinos de la tierra estaban estrechamente circuidos con el muro de la caridad, *Et ego jam concepta eram.* «Y yo ya había sido concebida;» pero concebida inmaculada, sin pecado original, para ser llena de gracia y bendita entre todas las mujeres.

El Señor estaba conmigo, y yo *cum eo eram cuncta componens.* Con Él estaba ordenándolo todo, embelleciéndolo todo, santificándolo todo, y no pudiera ordenarlo si no fuera perfecta; ni embellecerlo si no fuera pura; ni santificarlo si no estuviera eminentemente santificada; ni Reina fuera de la pureza, ni Madre de Jesucristo, si ántes hubiera sido hija del demonio y esclava de Lucifer. Concluamos de una vez, auditorio cristiano; el corazón del hombre que para todo es finito, cuando se trata de Maria Santísima es, digámoslo así, infinito; y el testimonio de nuestro corazón nos

asegura que Maria Santísima fué concebida sin mancha de pecado original. Así lo sentimos, así lo confesamos y así lo defendemos. Nuestro corazón ambiciona y nos arrebató á ver una mujer toda privilegiada, toda portentosa, toda extraordinaria; una mujer que porque es nuestro refugio y nuestra esperanza, nuestra delicia y nuestra Madre, sea toda grande, toda excelente, toda incomparable, y que nada tenga de comun con el resto de las criaturas, y esta Mujer es Maria Santísima; todos prevaricamos, y Maria no pecó; todos nacimos esclavos, Maria estuvo siempre libre; todos nacimos frágiles, miserables, necesitados de oír de boca del Salvador en el madero de la Cruz: *Ecce Mater tua.* «Ahí tenéis á vuestra única Madre.» Maria nació fortaleza de los débiles, riqueza de los miserables, y llena de merecimientos, para oír de parte de toda la Trinidad Santísima, y por boca del Arcángel San Gabriel: *Ave, gratia plena, Dominus tecum, benedicta tu in mulieribus:* «Salve, llena de gracia, el Señor es contigo, bendita entre todas las mujeres;» es decir, inmaculada en su concepcion. Prerogativa la más incomparable, la más justa, la más excelente al lado de la maternidad divina, con que el Eterno supo y quiso condecorar á Maria Santísima, y consuelo el más eficaz y esperanza más halagüeña que pudo dispensar el género humano.

Y el género humano así lo reconoció desde el origen de las edades: de ahí en la ley natural esas imágenes encantadoras que simbolizan á Maria Inmaculada: en la ley escrita esas mujeres prodigiosas cuya aparicion y cuyos hechos representaron majestuosas y anticipadamente á la que es existencia de nuestras almas y luz de nuestro entendimiento, á Maria Inmaculada: de ahí en la ley de gracia esa oracion continua del pueblo cristiano, pendiente de los labios de Maria, ese amor siempre en aumento en nuestros corazones, pendiente del corazón amante de Maria. Los Soberanos Pontífices, franqueando los tesoros de la Iglesia, y derramando á manos llenas sobre la Inmaculada Concepcion indulgencias, privilegios y bendiciones; los soberanos de la cristiandad, y especialmente nuestros católicos monarcas, pronunciando un juramento solemne, instituyendo Órdenes que justamente llamaron distinguidas, y proclamando á Maria Santísima de la Concepcion única Patrona de todos los dominios españoles. De ahí esa multitud de corporaciones que honran y se honran con el misterio de Maria Inmaculada, y entre ellas esta archicofradía de la Medalla Milagrosa, medalla cuya sola propagacion es un milagro, medalla que en todas partes se halla, que entre todas las familias se venera, y por la que todas las criaturas suspiran. De ahí, finalmente, ese

acontecimiento necesario, grandioso, palpitante; esa asamblea general, esa reunion del Príncipe, de los Pastores, de los hombres eminentes de la Iglesia para elevar á la suprema cotegoría de dogma católico el misterio de la Inmaculada Concepcion. Descienda el Espíritu Santo y decida: y concédanos el Señor, si asi conviene, y puesto que tan amantes somos de la Virgen, presenciar, encarecer y disfrutar esta maravilla, sello de todas las maravillas de Maria; y maravilla de la que depende, segun el espíritu de nuestro santísimo y amantísimo Padre Pio IX, el remedio de todos los males que nos afligen, de todas las calamidades que nos rodean, y en la que se apoya el principio de la paz general del mundo. Supliquemos al Señor con todo el fervor de nuestros corazones conserve en nuestras almas este amor tan saludable y tan consolador, este amor inextinguible que profesamos á la Concepcion Inmaculada de Maria, para que honrándola en esta vida con el afecto de verdaderos hijos, y defendiéndola con el valor de verdaderos cristianos, despues de este destierro nos reunamos en la pátria celestial, donde, en compañía de los ángeles y de los bienaventurados, digamos: Bendita y alabada sea Maria Santísima Madre de Dios y Señora nuestra, concebida sin mancha de pecado original, por los siglos de los siglos. Así sea (1).



(1) Predicado en la parroquia de San Ginés de Madrid, precisamente el día 8 de Diciembre de 1854, día y año de la definición.

## DISCURSO XX.

### Inmaculada Concepcion.

*Multæ filiae congregaverunt divitias; tu supergressa es universas.*

(Proverbios, xxxi, 29.)

Muchas hijas reunieron riquezas; pero Tú las has excedido á todas.

(Proverbios, *ut supra.*)

**E**STREMECE, católicos, el corazon de la criatura sensata el solo recuerdo de la ingratitud con que el hombre, ignorante ó perverso, ha correspondido en todas las épocas á las finezas de su Criador. Señálase la entrada de nuestros primeros padres en el mundo por una prevaricacion ignominiosa, que de felices los hace infortunados, y de paraiso de bendicion convierte la tierra en un erial, cuyas entrañas producirán á viva fuerza el pan de cada dia, regado con el sudor de nuestra frente. La descendencia de Noé, tan pródigamente favorecida del Señor, se distingue por el desbordamiento de sus apetitos, por el desenfreno de la sensualidad y la corrupcion general de las costumbres, que arranca con violencia de la diestra de un Juez indignado un diluvio que hace desaparecer con las masas de delincuentes la ponzoña de los delitos, y fluctuar sobre las corrientes las reliquias salvadoras de la justificacion. El reinado de los caudillos Moisés y Josué se hace tristemente célebre por una alternativa interminable de apostasias del espíritu y delirios del corazon. El imperio del justo David se conmueve con las deplorables consecuencias de un adulterio. La gloria, la magnificencia y la sabiduria de Salomon se ofuscan, se eclipsan y desaparecen bajo la espesísima niebla de un abandono completo de Dios y de una repugnante idolatría. La nacion, final-